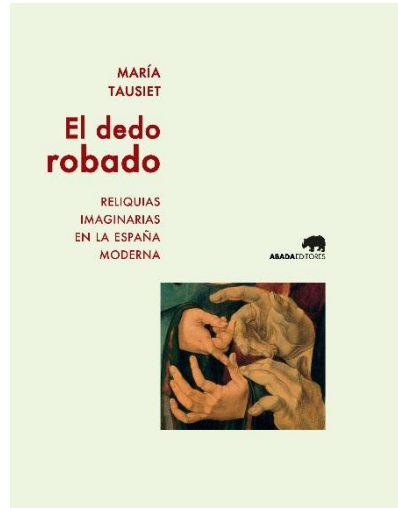


María Tausiet. *El dedo robado: reliquias imaginarias en la España Moderna*. Madrid: Abada Editores, 2013. 272 pgs. ISBN

Reviewed by José Manuel Pedrosa
(Universidad de Alcalá de Henares)



Nos regala María Tausiet, con este libro, una nueva entrega de la gran enciclopedia que lleva años urdiendo acerca de las creencias y los rituales mágico-religiosos que practicaban los españoles de los primeros siglos de la Edad Moderna. Aunque, para hacer justicia a este volumen, habría que puntualizar que esa etiqueta de “Edad Moderna” que figura hasta en el título se queda aquí corta, pues su indagación se mete de lleno —y con tanta solvencia como cuando transita por el Renacimiento o el Barroco, que son los terrenos que le son más familiares— en los siglos más oscuros y reservados de nuestra Edad Media: los visigóticos, dado que fue el siglo VII aquel en que vivió san Ildefonso de Toledo, sobre cuya leyenda —o mejor dicho, sobre cuyos huesos legendarios y supuestas vestiduras— gira todo el libro.

Los frutos de la arriesgada aventura intelectual en que se halla embarcada la autora, de la que este tratado es —por el momento— la última entrega, están permitiendo que sus lectores podamos llegar a una comprensión aguda y renovada de la vida interior —la de las ideas, las creencias, las emociones, la cotidianidad, la pequeña historia local— de nuestros antepasados de aquellos siglos. Y que, a partir de las modestas pero no triviales pequeñas historias que su investigación exhuma, podamos adquirir una idea más perfilada y crítica de la historia con mayúsculas de entonces. Porque no hay mejor vacuna contra la convencional (y muchas veces hinchada) historiografía de reyes, papas, condes y batallas que mirar para abajo y descubrir las otras historias, mucho menos triunfalistas y complacientes, mucho más sombrías y problemáticas, que se anudan en la base.

Tausiet sabe, con su capacidad inusual para reconstruir las biografías de personajes cuyo recuerdo quedó fragmentado y sepultado en legajos ignotos, y para detectar sucesos particulares y locales de significativo modesto pero significado intenso, urdir tapices que acaban siendo vastos, ambiciosos y representativos de lo que fueron los modos de ser, pensar, sentir, actuar del común de las personas (y no solo de los notables) de aquellos siglos. La inclinación de la autora a subrayar la anécdota de carácter personal y a resaltar el color del hecho cotidiano nos sitúa a nosotros en una perspectiva extrañamente viva, realista, cercana, para intentar escrutar dentro de las

penumbras que rodean aquellos hechos. Magistral el retrato, por ejemplo, de la vida y las andanzas —que serían dignas de una novela de acción— de Francisco Sartaguda, el pícaro nacido en Estella, establecido en Zamora y refugiado en Toledo después de robar el supuesto dedo de san Ildefonso y de llevárselo en 1674 a la ciudad que anhelaba su posesión; o el de Jerónimo Román de la Higuera, el jesuita de familia posiblemente conversa que un siglo antes, en la segunda mitad del XVI, tuvo que asumir múltiples alias literarios para dar rienda suelta a su torrencial y delirante historia de España, en que la leyenda de la presunta casulla que la Virgen había regalado a san Ildefonso tenía, desde luego, su hueco: corregido y aumentado, por supuesto.

El dedo robado: reliquias imaginarias en la España moderna, es un libro construido de abajo a arriba: sus pies se apoyan sobre el siempre ingrato y artesanal trabajo de archivo, y su cabeza se centra en el análisis de las muestras documentales obtenidas y en el ensamblaje con la gigantesca bibliografía internacional —sobre todo, pero no solo, con la española y la anglosajona— que la autora maneja con pulso firme y crítico. Haciendo paradas en no pocos remansos relacionados con la literatura, la filosofía, la estética, que podrían parecer colaterales pero que no lo son. El excursus de las páginas 140-145, que indaga en el fenómeno de las falsificaciones pseudohistóricas; o el de las 158-169, que profundiza en los conceptos de lo sublime y lo enorme; o el de las 166-169, que asedia el concepto de “legua”, medida de distancia geográfica por un lado, y de imaginación desvariada por el otro —impregna hasta aquel territorio de “más de veinte mil leguas de contorno” que el Sancho cervantino preveía gobernar—, son representativos del método de la autora: subrayado primero de los núcleos de su pesquisa, apurado de su análisis e interpretación, y atención a márgenes y contextos que acaban integrándose en un todo discursivo dúctil y convincente. Expuesto, por añadidura, en una prosa concisa y pedagógica.

La lectura de este libro obliga a que el lector se replantee, una vez más, qué (se) entiende por magia y qué por religión. ¿Estamos ante la crónica de unos fenómenos de magia, o de unos hechos de religión? El culto de las reliquias en la España de las Edades Media y Moderna —y de la Contemporánea, porque sus residuos persisten hoy en no pocas iglesias y santuarios católicos— fue una manifestación desaforada, absolutamente desquiciada, de un fetichismo que, en cuanto a mágico y supersticioso, no se deja ganar por ninguna otra extravagancia pretendidamente espiritual que conozcamos. Lo más asombroso es que llegó a ser, durante siglos, política de estado. Es un hecho que la Iglesia Romana y las monarquías teocráticas del pasado utilizaron —en todos los niveles administrativos: el del pueblo, la ciudad, la nación, las relaciones internacionales— el culto de las reliquias como estrategia de afirmación y reafirmación de identidades y poderes, de articulación territorial, de premio o castigo de unos lugares frente a otros, de apaciguamiento, sumisión y adoctrinamiento de las clases subordinadas, de excusa (y forma de control) incluso de las diversiones públicas. Lo ilustra a la perfección el grueso de este libro, en el que son muy significativas las pp. 147-150, que evocan el viaje que Ambrosio de Morales hizo, por encargo directo de Felipe II, a tierras de León, Galicia y Asturias, a la caza de reliquias con que satisfacer la necrofilia compulsiva del monarca de El Escorial y acumular más patrimonio simbólico y político sobre el que ya había acumulado en aquel lugar, templo y capital del imperio al mismo tiempo.

Pues bien: ¿en qué lugar encuadrar los trapicheos, violencias, robos, ambiciones, falsedades, delirios que rodearon todo aquel trasiego de reliquias? ¿Dentro de la definición convencional de la religión como conjunto de creencias y rituales que quedan asumidas en el marco institucional? ¿O bajo la definición usual de la magia, que es lo que quedaría fuera del redil de lo institucional? Para no tener que optar entre la

perturbadora conclusión de que durante siglos nos gobernó una religión desnortada y la no menos inquietante de que nuestra España estuvo secularmente regida por una modalidad de pensamiento excéntricamente mágico, siempre se puede echar mano del consabido lenitivo de que no debemos juzgar con el rasero del hoy los hechos del ayer. Pero tal receta solo es válida si nos olvidamos de que en aquellos siglos hubo unos cuantos espíritus —no solo los protestantes, ni mucho menos— más libres y críticos que los demás, que se atrevieron a poner en cuestión —y a pagar el oneroso precio de pensar de un modo parecido a como pensamos hoy nosotros— todos aquellos excesos.

Muchas otras cuestiones deja abiertas este libro, sobre todo si escrutamos desde la atalaya de la mitología, la etnografía, el folclore comparados, que son los territorios en los que acaban hundiendo sus raíces las creencias y rituales que analiza. El culto de las reliquias ha sido fenómeno tan común y a veces tan pintoresco, en tantas culturas, que más vale cerrarnos ahora a su comparación. Aunque no estará de más señalar aquí que el motivo de la supuesta casulla regalada por la Virgen a su devoto Ildefonso, que Francisco Portocarrero dijo en 1616 que era “de delicadísimo sendal, sin costura ni textura”, tiene mucho que ver, seguramente, con la vestimenta que, según el relato evangélico, los soldados que custodiaron el cuerpo de Jesús muerto echaron a suertes, y que San Juan, 19,23, describió así: “la túnica era sin costura, tejida toda desde arriba”. Véase, sobre la fortuna del motivo en la literatura posterior, José Fradejas Lebrero, “Túnica inconsútil”, en *Los evangelios apócrifos en la literatura española* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005), 386-404.

A medida que pasamos las páginas de este libro, vamos cayendo en la cuenta de que el motivo de la prenda prodigiosa que nadie (menos unos cuantos fabuladores de imaginación calenturienta) fue capaz de ver, y que nadie sabía de qué estaba hecha ni dónde tenía sus costuras, es feliz contubernio de tradiciones narrativas diversas, empezando por la del cuento famosísimo de *The Emperor's New Cloths, El traje nuevo del Emperador*, que tiene el número 1620 en el catálogo internacional de cuentos de Aarne-Thompson-Uther, y que es en cierto modo el polo opuesto de las leyendas relativas a la casulla de san Ildefonso, porque el punto de vista que triunfa en el cuento es el de los descreídos que refutan la prenda inexistente, mientras que en la leyenda devota sucede justo al revés: la legitimidad de la prenda carismática se impone —bajo el peso de la tradición, del poder, de la ley— frente a cualquier duda o cuestionamiento.

Otro de los relatos aldeaños es el cuento conocido como *The Louse-Skin, La piel de piojo*, que tiene el número 857 en el mismo catálogo de Aarne-Thompson-Uther, y que habla de una princesa que solo se casará con quien adivine de qué está hecha cierta misteriosa prenda de vestir, que algunas versiones recalcan que tampoco tenía costuras. El motivo ha dado tantas vueltas en la tradición oral que un cronista del Madrid de 1882 se hacía eco del siguiente chascarrillo —puede que con alguna ironía— como cosa cierta:

Apareció una mañana en el escaparate de cierto taller de obra prima una bota sin costura, con un letrero, o más bien cartel de desafío, en que se leía: “se da una onza de oro a quien presente la compañera”.

Cundió la nueva entre los del oficio, y era de ver cómo se agrupaban ante la pieza en cuestión, volviéndose mohínos y cabizbajos sin acertar con el problema. Por fin hubo quien dio en la dificultad. Se averiguó que la bota estaba hecha de la piel de una pata de caballo, arrancada sin abrir, que bien curtida y amoldada a la horma, daba el resultado de no necesitar costura.

Yo no vi la obra, ni creo fuese muy perfecta; pero ello es que era una bota, que hicieron la compañera con la mayor reserva, que una comisión la llevó en una calesa al taller del envanecido y confiado maestro, que éste pagó la onza

prometida, retiró del escaparate el provocativo reto, y todo el gremio celebró el suceso con huelga hasta el día siguiente.

Puede verse, acerca de este sugestivo relato, José Manuel Pedrosa, “Entre la leyenda local de Madrid y el cuento maravilloso: *La bota de piel de caballo* y *La silla de piel de piojo* (ATU 857)”, *Revista de Folklore* 365 (2012): 4-10.

Sobre la ideología y la etnografía del robo, y de la negociación posterior, que puede acabar en dación o intercambio —tal y como sucedió en la disputa que hubo entre la ciudad Zamora, que fue despojada del dedo de san Ildefonso, y la de Toledo, que se hizo arteramente con él— como estrategia de marcación y exaltación de algún objeto carismático desde el punto de vista de la religión o la cultura, pueden verse Natalie Zemon Davis, “Beyond the Market: Books as Gifts in Sixteenth-Century France”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª serie, 33 (1983): 69-88; Pedrosa, “Del brazo escribidor al libro escrito por santa Teresa, o la letra como talismán terapéutico”, *Señales, portentos y demonios. La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, coords. Eva Lara y Alberto Montaner (Salamanca: SEMYR, 2014), 599-625; y Pedrosa, “Fiestas burlescas y robos rituales en Portugal y en España. Hacia una etnografía ibérica comparada”, *Memória e cidadania na literatura tradicional peninsular*, eds. Helena Buescu y Pedro Ferré (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações do Centenário da República, 2012), 129-152.

Hay, además, otro motivo relacionado con la legendaria casulla de san Ildefonso al que María Tausiet atiende de manera muy fugaz en su libro (123) porque quedó bastante al margen de los sucesos y relatos relativos a las reliquias, pero que fue muy relevante en el proceso de construcción y recepción de la leyenda: según, entre otras muchas fuentes, un milagro de Berceo y una cantiga de Alfonso X, la Virgen exigió que nadie más que Ildefonso se pusiese la prenda que ella había traído del paraíso. Cuando el sucesor de Ildefonso en el episcopado toledano intentó enfundársela, fue muerto en el acto: Berceo concreta que estrangulado por la propia prenda, que se enrolló alrededor de su cuello; Alfonso X ahorra esos detalles escabrosos. El motivo de la prenda que causa la muerte de quien de manera imprudente o ilegítima se la pone hunde sus raíces en tradiciones mitológicas muy antiguas (entre las que se cuenta la de la túnica del centauro Neso, que causó la agonía por abrasión y la muerte horrible de Hércules cuando se la puso), según han estudiado Adrienne Mayor, “The Nessus Shirt in the New Worlds: Smallpox Blankets in History and Legend”, *The Journal of American Folklore* 108 (1995): 54-77; y Michelle Maskiell y Adrienne Mayor, “Killer Khilats, Part 1: Legends of Poisoned *Robes of Honour* in India” y “Killer Khilats, Part 2: Imperial Collecting of Poison Dress Legends in India”, *Folklore* 112 (2001): 23-45 y 163-182.

Queda, en definitiva, mucho que decir acerca de los fabulosos huesos y casulla, y de todos los demás complementos que rodean la leyenda de san Ildefonso. Pero cualquier cosa que se añada en el futuro habrá de partir, por fuerza, de lo que ha quedado sentado en este libro.

El dedo robado: reliquias imaginarias en la España moderna, tiene un prólogo muy perspicaz y sugerente de William A. Christian Jr. Está primorosamente editado, según es norma en todos los libros que salen de la editorial Abada. Muy bien convocadas las ilustraciones de relicarios, cuadros, azulejos, grabados y portadas de libros. Especial interés y utilidad tiene, por otro lado, el extenso “Apéndice documental”, que reproduce unas cuantas constituciones sinodales relativas a reliquias, procesos de información y verificación, autos de aprobación o cédulas “auténticas”, que la autora había ido citando de manera parcial y selectiva, según venía al propósito de su argumentación. La posibilidad de acceder a los documentos completos permite al lector

una comprensión más fidedigna y global, sin que quepa la trampa ni el cartón, de las ideas y procesos históricos analizados. La bibliografía, que ocupa veinte apretadas páginas, corona un libro que queda ya como referencia ineludible en el panorama español de la historia cultural, de la historia de las mentalidades, de la imaginación mágico-religiosa.